

Hija del destino

Autobiografía

Por Benazir
Bhutto
Los Libros

Este otro adelanto de la autobiografía de la asesinada ex primera ministra de Pakistán Benazir Bhutto, cuya traducción recientemente publicó la editorial Seix Barral.



EL ASESINATO DE MI PADRE

Asesinaron a mi padre a primeras horas de la mañana del 4 de abril de 1979, en el interior de la cárcel central de Rawalpindi. A pocos kilómetros de distancia, en la prácticamente desierta academia de policía de Sihala, donde estaba detenida junto con mi madre, sentí el momento de su muerte. A pesar de los valiums que mi madre me había administrado para intentar superar aquella noche de agonía, de pronto, a las dos de la madrugada, me incorporé en la cama.

-¡No! -chillé entre el nudo de mi garganta-. ¡No!

No podía respirar, no quería respirar. ¡Papá! ¡Papá! A pesar del calor tenía frío, mucho frío y no podía dejar de temblar. Nada podíamos decir mi madre y yo para consolarnos mutuamente. De algún modo transcurrieron las horas, abrazadas en aquel desolado cuartel de policía.

Al amanecer estábamos listas para acompañar el cadáver de mi padre al cementerio ancestral de la familia.

-Estoy de *Iddat* y no puedo hablar con desconocidos -me dijo mi madre, cuando apareció el carcelero-. Habla tú con él.

Comenzaba la reclusión de cuatro meses y diez días, durante la cual la viuda no tiene contacto alguno con desconocidos.

Entré en el cuarto contiguo, con su suelo de hormigón quebrado, que en principio era nuestra sala de estar. Apestaba a moho y podredumbre.

-Estamos listas para acompañar al primer ministro -le dije al joven carcelero, nervioso, que tenía delante.

-Ya se lo han llevado para enterrarle -me respondió.

-¿Sin su familia? -le pregunté con amargura, sintiéndome como si me hubiera abofeteado-. Incluso los criminales del régimen militar saben que es la obligación religiosa de nuestra familia acompañar su cadáver, pronunciar las oraciones de los difuntos y ver su rostro antes del entierro. Se lo hemos solicitado al superintendente de la cárcel...

-Se lo han llevado -interrumpió.

-¿Dónde?

El carcelero guardó silencio.

-Ha sido muy pacífico -respondió finalmente-. He traído lo que quedaba.

Una por una, me entregó las lastimosas posesiones que mi padre guardaba en la celda de los condenados: su *shalwar jameez*, la camisa y el pantalón que había usado hasta el último momento, negándose como prisionero político a vestir el uniforme de los delincuentes, la fiambarrera en la que le servían la comida, que había rechazado en los últimos diez días, las mantas que sólo le habían ofrecido después de que los muelles rotos de su catre le laceraran la espalda, su taza...

-¿Dónde está su anillo? -logré preguntarle al carcelero.

-¿Tenía un anillo?

Le observé cómo buscaba con grandes ademanes en su bolsa y en los bolsillos. Por fin me entregó el anillo de mi padre, que en los últimos días se le caía de sus demacrados dedos.

-Ha sido pacífico, muy pacífico -no dejaba de susurrar.

¿Cómo podía una ejecución ser pacífica?

Basheer e Ibrahim, sirvientes de la familia que nos habían acompañado a la cárcel porque las autoridades no nos proporcionaban comida, entraron en la sala. Basheer empalideció al reconocer la ropa de mi padre.

- *Ya Alá! Ya Alá!* ¡Han matado a Sahib! ¡Le han matado! -exclamó.

Antes de que pudiéramos impedirlo, Basheer cogió una lata de gasolina y se roció todo el cuerpo, dispuesto a quemarse a lo bonzo. Mi madre corrió para impedir su autoinmolación.

Yo estaba atónita, sin poder creer, sin querer creer, lo que le había ocurrido a mi padre. Era imposible que Zulfikar Ali Bhutto, primer presidente del gobierno de Pakistán elegido por sufragio universal, estuviera muerto. Donde había imperado la represión bajo el yugo de los generales que habían gobernado Pakistán desde su fundación en 1947, mi padre había sido el primero en introducir la democracia. Donde el pueblo había vivido a lo largo de los siglos a merced de los jefes de las tribus y de los caciques, había instaurado la primera constitución de Pakistán, para garantizar la protección legal y los derechos humanos. Donde el pueblo había tenido que recurrir a la violencia y a las masacres para derrocar a los generales, había garantizado un sistema parlamentario de gobierno civil y elecciones cada cinco años. No era posible.

-¡ *Jiye Bhutto!* ¡Viva Bhutto! -le habían aclamado las multitudes, al visitar, por primera vez en la historia política de Pakistán, los lugares más remotos y olvidados.

Cuando su Partido del Pueblo de Pakistán ganó las elecciones, mi padre comenzó un programa de modernización, redistribuyendo entre los muchos pobres la tierra que a lo largo de muchas generaciones había estado en manos de los pocos señores feudales, educando a muchos millones oprimidos por la ignorancia, nacionalizando las industrias más importantes del país, garantizando salarios mínimos, seguridad en el trabajo y prohibiendo la discriminación contra las mujeres y las minorías. Sus seis años de gobierno habían traído la luz a un país estancado en la oscuridad, hasta el alba del cinco de julio de 1977.

Zia Ul Haq, jefe de estado mayor del ejército supuestamente fiel a mi padre, era el general que había mandado a sus soldados en plena noche para derrocarlo y apoderarse del país amparándose en la fuerza. Zia Ul Haq era el dictador militar que a continuación no había

logrado aplastar a los seguidores de mi padre, a pesar de sus armas, gases lacrimógenos y ley marcial, ni destruir el espíritu de mi padre aun aislado en una celda. Zia Ul Haq era el general desesperado que había ordenado la ejecución de mi padre. Zia Ul Haq, el general que gobernaría despiadadamente en Pakistán durante los siguientes nueve años.

Permanecí atarida frente al joven carcelero, con aquellos pocos enseres en las manos, que era lo único que quedaba de mi padre. Su ropa desprendía todavía el olor a su colonia, olor a Shalimar. Estrujé su *shalwar* en mis brazos, recordando de pronto a Kathleen Kennedy, que había seguido usando el anorak de su padre en Radcliffe, mucho después del asesinato del senador. Siempre se había comparado a nuestras familias en términos políticos. Ahora teníamos un nuevo y trágico vínculo. Aquella noche y durante muchas que le siguieron, yo también intenté conservar a mi padre cerca de mí, durmiendo con su camisa bajo la almohada.

Me sentía completamente vacía, mi vida destrozada. Durante casi dos años no había hecho más que luchar contra las falsas acusaciones levantadas contra mi padre por el régimen militar de Zia. Trabajaba con el Partido del Pueblo de Pakistán preparando las elecciones que Zia había prometido en el momento del golpe de estado y que a continuación había anulado, ante nuestra previsible victoria. Había sido detenida seis veces por el régimen militar y las autoridades me habían prohibido repetidamente visitar Karachi y Lahore. Mi madre estaba en la misma situación. Como presidente en funciones del PPP durante el encarcelamiento de mi padre, había sido detenida ocho veces. Habíamos pasado las últimas seis semanas detenidas en Sihala y los seis meses anteriores encarceladas en Rawalpindi. Sin embargo, hasta el último día, no había podido creer que el general Zia llegara realmente a asesinar a mi padre.

¿Quién les daría la noticia a mis hermanos menores, que estaban en Londres como exiliados políticos, luchando contra la sentencia de mi padre? ¿Y quién se lo diría a mi hermana Sanam, que estaba acabando sus estudios en Harvard? Estaba particularmente preocupada por mi hermana. Jamás se había mezclado en política. Sin embargo, había sido arrastrada a la tragedia con el resto de la familia. ¿Estaría sola? Recé para que no cometiera ninguna locura.

Me sentía como si mi cuerpo literalmente se despedazara. ¿Cómo podía seguir viviendo? A pesar de nuestros esfuerzos, no habíamos logrado salvar la vida de mi padre. Me sentía muy sola, terriblemente sola. "¿Cómo me las arreglaré sin tu ayuda?", le había preguntado en la celda de los condenados. Necesitaba su asesoramiento político. A pesar de mis diplomas de ciencias políticas de Harvard y de Oxford, carecía de experiencia política. Pero ¿qué podía responderme? Se había limitado a encogerse de hombros.

Vi a mi padre por última vez el día antes de la ejecución. El dolor de aquel encuentro fue casi insoportable. Nadie le había dicho que le ejecutarían en la madrugada. Nadie se lo había dicho a los líderes mundiales que habían solicitado oficialmente clemencia al régimen militar, entre los que figuraban Jimmy Carter, Margaret Thatcher, Leonid Brézhnev, el papa Juan Pablo II, Indira Gandhi y muchos otros del amplio mundo islámico, Arabia Saudí, los Emiratos y Siria. Ciertamente, ninguno de los cobardes del régimen de Zia se había atrevido a comunicarle al país la fecha de la ejecución de mi padre, por temor a la reacción del pueblo ante la muerte de su primer ministro. Sólo mi madre y yo lo sabíamos, y lo sabíamos por accidente y pura deducción.

Acababa de levantarme de mi catre militar, muy temprano por la mañana del 2 de abril, cuando mi madre irrumpió en mi habitación.

-Pinkie -dijo, llamándome por mi apodo familiar, pero en un tono que me dejó inmediatamente de una pieza-. Hay unos oficiales del ejército en la puerta, que dicen que *ambas* deberíamos visitar hoy a tu padre. ¿Qué significa eso?

Sabía exactamente lo que significaba. También lo sabía ella. Pero ni la una ni la otra nos atrevíamos a aceptarlo. Aquél era el día de visita de mi madre, que le permitían una vez por semana. La mía estaba autorizada para dentro de unos días. El hecho de que quisieran que

ambas le visitáramos, sólo podía significar que aquélla sería la última visita. Zia estaba a punto de matar a mi padre.

Se me aceleró la mente. Era preciso comunicárselo al pueblo y a la comunidad internacional. Se había agotado el tiempo.

-Diles que no me siento bien -le dije apresuradamente a mi madre-. Pregúntales si se trata de la última visita, en cuyo caso evidentemente iré, pero que de no ser así iría mañana.

Mientras mi madre hablaba con los vigilantes, abrí rápidamente el mensaje que ya había preparado y escribí otro.

"Creo que nos están llamando para nuestra última visita", le escribí a toda prisa a una amiga en el exterior, con la esperanza de que se lo comunicara a los líderes del partido, quienes a su vez informarían al cuerpo diplomático y movilizarían al pueblo. El pueblo era nuestra última esperanza.

-Llévaselo inmediatamente a Yasmin -le dije a Ibrahim, nuestro leal sirviente, consciente de lo mucho que nos arriesgábamos.

No había tiempo para esperar a que entrara de guardia un vigilante amable y compasivo. Era posible que le registraran y le siguieran. No podría tomar las precauciones habituales. El peligro era enorme, pero también era mucho lo que estaba en juego.

-¡Vete, Ibrahim, date prisa! -le insté-. Diles a los vigilantes que vas en busca de un medicamento para mí.

Salió corriendo. Miré por la ventana y vi a los miembros del contingente militar que hablaban entre sí, transmitían el mensaje por la radio de que yo estaba enferma y quedaban a la espera de respuesta. En plena confusión, Ibrahim llegó al portalón.

-¡Rápido, tengo que conseguir un medicamento para Benazir Sahiba! ¡Rápido! -les dijo a los vigilantes, que acababan de oír hablar de mi enfermedad.

Milagrosamente, transcurridos cinco minutos escasos de la entrada de mi madre en mi habitación, le permitieron a Ibrahim que saliera. Mis manos no dejaban de temblar. No tenía ni idea de si el mensaje llegaría sin contratiempo a su destino.

En el exterior, oí voces por la radio.

-Dado que su hija no se siente bien, pueden hacer la visita mañana-le dijeron finalmente las autoridades a mi madre.

Habíamos ganado otras veinticuatro horas de vida para mi padre. Sin embargo, cuando se cerraron las puertas inmediatamente después de la salida de Ibrahim, sabíamos que algo terriblemente nefasto estaba a punto de ocurrir.

Luchar, teníamos que luchar, pero ¿cómo? Me sentía inútil, atada de pies y manos mientras se acercaba inexorablemente el momento de la muerte de mi padre. ¿Llegaría mi mensaje a su destino? ¿Se levantaría el pueblo a pesar de las armas y bayonetas a las que se enfrentaba desde el golpe? ¿Y quién les dirigiría? Muchos de los líderes del Partido del Pueblo de Pakistán estaban en la cárcel. Lo mismo les ocurría a millares de simpatizantes incluidas, por primera vez en la historia de Pakistán, muchas mujeres. Muchos otros, por el mero hecho de mencionar el nombre de mi padre, habían sido víctimas de los gases lacrimógenos y condenados a recibir un número determinado de latigazos, que se escribía sobre sus cuerpos semidesnudos. ¿Reaccionaría la gente ante esta última y desesperada llamada? ¿Llegarían siquiera a oírla?

Tomado de El Cultural

